

CHRISTINA
LAUREN
UNA
AVENTURA
salvaje

Traducido del inglés por Beatriz Villena Sánchez

CONTRALUZ



Título original: *Something Wilder*

Publicado mediante acuerdo con las autoras, representadas por BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, Nueva York, EE.UU.

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2022 by Christina Hobbs and Lauren Billings

© de la traducción: Beatriz Villena Sánchez, 2023

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.es

ISBN: 978-84-18945-62-5

Depósito legal: M. 4.026-2023

Printed in Spain

Para Violet:
Pediste un libro con caballos.
También hemos incluido una mujer valiente, inteligente
y trabajadora, muy parecida a alguien que conocemos.
Te queremos mucho.

Nota de las autoras

Más allá de Moab (Utah), el Parque Nacional Tierra de Cañones es uno de los lugares más espectaculares del territorio continental estadounidense, con maravillosas vistas altas del desierto, excavado por el río Colorado, el río Green y una serie de infinitos afluentes serpenteantes. Aquellos que tienen la suerte de visitarlo pueden disfrutar de un enorme cielo azul y unas vistas espectaculares de rocas rojas que se extienden kilómetros y kilómetros. Hay áreas dentro del parque que son remotas y casi infranqueables, mientras que otras zonas se pueden atravesar a pie o en coche y los turistas pueden disfrutar de ellas.

Tras meses de investigación y visitas, ambas llegamos a familiarizarnos mucho con su paisaje y sus tierras. Incluso llegamos a contratar a un guía experto para dibujar mapas de una posible búsqueda del tesoro. Pero, querido/a lector/a, en ocasiones la historia es más importante que la exactitud, así que, a pesar de haber aprendido mucho sobre la geografía del lugar, nos hemos inventado alguna que otra cosa. En ciertos lugares, hemos condensado distancias y, en otros, hemos creado instalaciones y estructuras que no existen.

Todo esto para decir que hemos escrito un libro para pasar un rato divertido, para evadirte del mundo real, no a modo de guía de tu propia aventura. (Si sigues nuestra ruta, es bastante posible que mueras, lol). Por supuesto, nos encantaría pensar que la historia de amor de Leo y Lily pudiera animarte a salir ahí fuera a abrir nuevas rutas, pero incluso si prefieres quedarte acurrucado(a) en tu rincón favorito de lectura, esperamos que te lo pases realmente bien.

Con amor,
Lauren y Christina

Prólogo

Laramie, Wyoming
Octubre, hace diez años

Las botas de Lily Wilder hicieron crujir la suave gravilla, camino de la recepción desde el granero, mientras escudriñaba el lugar que más le gustaba en el mundo. Tras ella, los caballos se acercaban al abrevadero, sedientos tras una larga noche fuera, en los pastos. La chimenea de la casa principal expulsaba humo al despejado cielo gris. El sol apenas despuntaba sobre las montañas y hacía algo de frío. Llevaba horas despierta.

En el porche, una sombra alargada la esperaba, sujetando dos tazas. Al ver a Leo, medio dormido, sonriente y vestido con una sudadera y un forro polar, no pudo evitar que el corazón se le llenara de amor. Sin lugar a dudas, así era como quería empezar cada mañana; no se podía creer que aquella fuera a ser su rutina de ahora en adelante. Subió corriendo los tres peldaños desvencijados con una sonrisa en la cara a juego con la de aquel hombre y la sensación de que hacía días, no horas, que lo había acariciado por última vez. Sus labios, cálidos y suaves,

contrastaban con la boca de Lily, enfriada por el viento. El calor de las manos de Leo en su cadera disparó fuegos artificiales en su pecho.

—¿Dónde está? —dijo Lily, preguntándose si su padre se habría ido del rancho sin despedirse.

No sería la primera vez, pero sí la primera vez que le diera igual.

Leo le entregó la taza caliente y señaló con la cabeza la cabina del vigilante al otro lado del río.

—Se despidió desde el puente, camino del puesto de Erwin —respondió.

¿Que si era raro que no tuviera la más mínima idea de adónde había ido su padre ni por cuánto tiempo? Pues quizá, pero no dejó que ese pensamiento calara demasiado en ella. Su prioridad en ese momento era la forma en la que su pulso acelerado entonaba una canción festiva: por fin su vida estaba empezando y, de alguna forma, aquel verano, mientras aprendía a gestionar prácticamente todos los aspectos del rancho, se había enamorado. El amor le había llegado por sorpresa, un amor asentado y seguro, de los que te arrancan la ropa y te suben la temperatura. Durante sus primeros diecinueve años, simplemente la habían tolerado y evitado, pero ahora, con Leo allí, por fin era el centro de la vida de alguien. Jamás había sonreído tanto, ni había reído con tanta libertad, ni se había atrevido a desear con tanta ferocidad. Solo cuando montaba a caballo y galopaba por las tierras de su familia había sentido algo mínimamente parecido. Pero aquellos solo habían sido momentos fugaces, mientras que Leo le había prometido que estaba allí para quedarse.

Levantó la cabeza para contemplar su rostro. Había heredado la complexión de su padre, irlandés, y los rasgos de su madre, japonesa americana, pero el alma que llevaba dentro era solo suya. Nunca había conocido a nadie tan silencioso y firmemente sensato como Leo Grady. Todavía no podía creerse que aquel hombre tan decidido estuviera dispuesto a dejarlo todo por ella.

Le había preguntado mil veces si estaba seguro. El rancho Wilder era su sueño, pero comprendía que pasarse todo el año dirigiendo un rancho de huéspedes no tenía por qué ser el sueño de nadie más. Desde luego no era el de su padre, aunque al menos había hecho lo mínimo indispensable para que siguiera siendo solvente. Para su madre, no era más que otra de esas cosas que dejaría atrás con gusto. A veces tenía la sensación de que llevaba toda su vida esperando que llegara el momento de que aquel lugar fuera suyo para siempre. Y por fin había llegado para vivirlo junto a Leo, además.

—Estoy seguro, Lil. —Leo le rodeó los hombros con el brazo libre y la acercó a su cuerpo antes de besarla en la sien—. ¿Y tú estás segura de querer un novato como yo por aquí?

—Por supuesto que sí —dijo con tal fuerza que sus palabras retumbaron en la tranquilidad de la mañana.

En la distancia, relinchó su nuevo potrillo. Leo la miró con ojos llenos de adoración. Bien es cierto que era un recién llegado al mundo de los ranchos, pero tenía un don natural para los caballos, demostraba lo capaz que era de mil formas distintas y su altura le permitía llegar al último gancho de las caballerizas. Pero no era por eso por lo

que lo quería allí. Deseaba su presencia porque Leo Grady era, sin lugar a dudas, suyo, lo primero que de verdad había sido suyo.

Se acurrucó contra el cuerpo de él, con olor a recién duchado, y, apretándole la cara contra el cuello, buscó algún rastro de sudor, ese perfume intensamente masculino que había percibido deslizándose por su piel la noche anterior.

—Te he preparado el desayuno —murmuró en su pelo.

Lily se inclinó hacia atrás, con una sonrisa esperanzada en la cara.

—¿El bizcocho de tu madre?

Leo no pudo evitar echarse a reír.

—Cualquiera diría que lo ha inventado ella. —Se inclinó para tapanle la boca con la suya y murmuró entre besos—: Es más de preparar arroz con pescado. Estoy bastante seguro de que el bizcocho es de Rachael Ray.

Duke Wilder cruzó la hierba congelada con grandes zancadas hasta llegar al porche, atusándose el canoso bigote como única señal de que los había visto demasiado juntos.

Pero, entonces, pasó el momento y los ojos se le iluminaron. Duke siempre era más feliz mientras se preparaba para irse. Cuando Lily era pequeña, se tuvo que ir a Groenlandia por motivos de trabajo, pero su radio de aventura se redujo drásticamente cuando su madre los dejó, hacía ya siete años, y se vio anclado por una hija y, al menos durante el verano, por un rancho de huéspedes en Laramie. Pero por fin ya era adulta y tenía las manos

libres para ser esa celebridad del sector, esa persona obsesionada, desde su infancia, con encontrar la montaña de dinero que algunos forajidos habían escondido en el desierto hacía más de un siglo.

Lily no era la única que se alegraba de ser, por fin, lo suficientemente mayor como para asumir la carga de las tierras familiares.

Duke echó un vistazo por encima de los hombros de su hija mientras ella lo observaba intercambiar miradas silenciosas con Leo. A veces llegaba a pensar que no conocía demasiado a su progenitor, mientras que otras, podía leerle la mente como un libro abierto. Duke no sentía apego por el rancho Wilder, pero, en ese momento, ella podía oír sus pensamientos como si los estuviera expresando en voz alta: «Este tipo no parece para nada un vaquero».

Porque Leo no era un vaquero. Era un estudiante universitario, un genio de las matemáticas, un chico de Nueva York que había ido al rancho para trabajar en verano, se había enamorado y había puesto patas arriba su vida para quedarse con ella en temporada baja. Era tímido, silencioso y atento, todo lo que Duke no era. Pero a pesar de ser un chico de tan solo veintidós años, mirando a los ojos a un hombre de cincuenta con fama local de Indiana Jones y la confianza del capitán Jack Sparrow, Leo Grady no se amedrentó ni se movió de su lado.

—Estaremos bien, Duke —le dijo Lily, poniendo fin a la tensión.

—Más te vale que la cuides hasta que vuelva —le ordenó Duke, con la mirada todavía clavada en Leo, extra-

ñado por no ver una mueca de desesperación en la cara de su hija.

—Lo haré —le aseguró Leo.

—No necesito que nadie me cuide —les recordó Lily a ambos.

Duke alargó la mano para despeinarle la melena negra.

—Seguro que no, cariño. Te he dejado una nota en el comedor.

—Genial.

Una adivinanza. Un puzle. Algún código que descifrar. Su padre la había criado con los juegos que más le gustaban a él, siempre dándole empujoncitos como un niño que molesta a un escarabajo, incapaz de comprender cómo podían ser tan diferentes. Como resultado, se produciría un combate de lucha libre entre resentimiento y curiosidad hasta que la necesidad acabara imponiéndose a ambos y se sintiera arrastrada a sentarse a resolver el puzle que le hubiera dejado. Era bastante posible que se tradujera en algo estúpido del tipo «Te veo luego» o «No te comas toda la masa de las galletas de avena», pero también cabía la posibilidad de que le dejara algún tipo de información crítica que ella desconociera y que necesitaría para dirigir el lugar. Todo lo que Lily había querido o necesitado alguna vez en la vida siempre había estado oculto en algún lugar complicado, a veces a kilómetros de distancia de casa, y si no hubiera tenido la motivación para mirar, Duke habría supuesto que, después de todo, no lo necesitaba tanto.

Puede que no se molestara ese día. Puede que, por fin, ambos hubieran aceptado que no tenían por qué gustar-

les las mismas cosas —ni siquiera tenían por qué gustarse mutuamente— para convivir. Por primera vez, se sintió cómoda con la idea. Quizá Duke volviera a su mundo, donde cazaba artefactos y desenterraba tesoros escondidos, y Lily se quedaría en el rancho con sus caballos, sus tierras y su amor, e ignoraría la nota de la mesa por siempre jamás.

La tensión se prolongó un instante hasta que Duke echó un último vistazo a la recepción, el granero y las colinas onduladas del fondo. Sus padres habían comprado aquella tierra y criado a dos chicos, Duke y su hermano, Daniel, que era quien lo había transformado en el rancho Wilder, viviendo allí todo el año y acogiendo a huéspedes todos los veranos hasta que murió hacía dos años. Lily y Duke habían seguido con el negocio con miles de problemas, pero jamás había sido la prioridad de su padre, aunque para ella sí fuera su sueño y quisiera quedarse allí a tiempo completo para volver a convertirlo en lo que había sido en los veranos dorados de su infancia. Setenta y ocho caballos y doscientos acres de deslumbrante belleza de Wyoming era su idea de perfección, pero Duke estaba resentido con cada cerca de la propiedad, como si fuera un gato en una jaula.

Su altísimo padre se ajustó su sombrero de vaquero y se despidió de ellos con un gesto de cabeza.

—Bueno. Me voy.

No hubo abrazos. Leo y Lily ni siquiera se bajaron del amplio porche. Observaron en silencio la alargada y fuerte forma de Duke Wilder caminando con grandes zancadas hacia su vieja y pesada camioneta antes de subirse a ella.

Lily se giró hacia Leo, dando saltitos con las puntas de los pies, con tal regocijo por dentro que bien le habría podido catapultar hacia ese cielo gris azulado.

—¿Preparada, jefa? —le preguntó.

Lily le respondió con un beso que esperaba que transmitiera todo aquello que, en ocasiones, le costaba decir.

Dejó que todo se asentara en su interior. En aquel momento, todo era exactamente como debía ser. Nada ni nadie podría acelerar aquel instante de perfección. Con el polvo de la camioneta de Duke todavía revoloteando en el aire, lo único que importaba era el amor que tenía a su lado y la galaxia enjorada de tierra que la rodeaba. Su galaxia. Tomó aire para hablar, pero se vio obligada a mirar dos veces ante la expresión tierna que le estaba dedicando Leo. Todos los vaqueros lo habían empezado a llamar «chico enamorado de ciudad» desde el día que se conocieron, hacía ya cinco meses.

Lily, entre risas de dicha, le puso las manos en las mejillas y se estiró para volver a besarlo.

—Prométeme que aquí seremos felices para siempre.

Leo asintió y luego apoyó la frente sobre la de ella.

—Te lo prometo.

Capítulo uno

*Hester (Utah), bar de Archie
Mayo, en la actualidad*

—Visto lo visto —dijo Lily con un gesto de dolor—, habría sido mejor ignorarlos, por mucho que se estuvieran peleando justo detrás de mí.

Archie extendió una mano enorme para entregarle un paño empapado lleno de hielo.

—Me preocupa más que te hayas llevado un codazo en la nuca y apenas te hayas encogido de dolor.

—¿Me estás llamando cabeza dura?

Tomó aire ante la conmoción que le produjo el hielo en la nuca. Archie se inclinó sobre la barra.

—No, lo que estoy diciendo es que eres una vaquera dura, Lily Wilder.

Lily le dio un empujoncito, acompañado de una risa.

—Bésame el culo, Arch.

—Cuando quieras, Lil.

Con un codo apoyado en la madera rayada, sujetó el hielo en su sitio y observó cómo la condensación se transformaba en lentos y gruesos hilos de agua que bajaban

por su jarra de cerveza. En cuanto pasó un dedo por ellos, la jarra se manchó de barro. Durante todo el día, el viento le había llenado los pliegues de la ropa y el pelo de polvo rojo del desierto. Manos, brazos y cara. Gracias a Dios que existen las duchas y los protectores solares. Aunque, teniendo en cuenta el perfil de los habituales del lugar, no merecía mucho la pena ducharse antes de ir, ya fuera para beberse una cerveza o para trabajar al otro lado de la barra, como solía hacer en temporada baja. El codo errante que había acabado en su nuca era clara prueba de ello.

Se abrió la puerta, inundando de luz por un instante la oscura sala, y Nicole llegó entre un torbellino de pelo rubio revuelto y franela a cuadros rojos y azules. Se subió al taburete que estaba junto al de Lily e hizo un gesto con el mentón a modo de silencioso saludo a Archie y petición de bebida. Archie le sirvió una cerveza rubia en una jarra cuestionablemente limpia y deslizó hacia ambas mujeres un cuenco, de una limpieza igual de cuestionable, lleno de cacahuetes. Con más hambre que escrúpulos, Lily metió la mano.

Nicole señaló la bolsa de hielo.

—¿Qué diablos ha pasado?

—Petey y Lou. Yo he sido un daño colateral.

—¿Quieres que les patee el culo? —dijo, levantándose del taburete, pero Lily la detuvo con una mano en el brazo.

Nicole era más alta y más fuerte que ella, y su lealtad la convertía en prácticamente salvaje cuando se la provocaba. Estaba segura de que Petey y Lou tendrían una pelea bastante justa con los puños, pero sabía que, si le hacía

algún gesto para que interviniera, moriría intentándolo y ella era todo lo que tenía, así que optó por señalar con la cabeza la montaña de papeles que había en la barra, junto a su brazo.

—¿Ese es el nuevo grupo?

Nicole asintió.

—Llegan mañana.

—¿Todo tíos? —preguntó Lily.

Sus clientes eran casi siempre hombres que venían para buscar tesoros y sentirse como forajidos. Un grupo de mujeres sería como un soplo de aire fresco. Esos viajes eran más tranquilos y relajados. Casi hacían que su trabajo mereciera la pena. Casi.

—Sí, son cuatro.

—¿Despedida de soltero? ¿Cumpleaños?

Nic negó con la cabeza.

—Según parece, solo es un grupo de amigos que han decidido hacer un viaje juntos.

Lily soltó un gruñido. Al menos, las despedidas de soltero tenían algún tipo de misión, por lo general emborracharse y pasar una semana de desenfreno de la que estarían hablando durante años. Pero los grupos que acudían a la empresa de expediciones turísticas de Lily, Wilder Adventures, solo para «alejarse de todo» solían necesitar algún tipo de acompañamiento, más estructura. A veces estaba bien —ayudar a la gente a disfrutar de sus vacaciones a caballo cada vez llenaba más a Lily—, pero en esos momentos andaba algo corta de energía.

—¿Todos han firmado la exención de responsabilidad? —preguntó Lily.